

PREGÓN DE FERIA DE 1975

Según tengo entendido, los pregones de feria consisten tradicionalmente en hacer un canto al pueblo, a sus gentes, a su laboriosidad, a sus bellezas. Yo no voy a hacerlo así. En primer lugar, porque no sabría: aunque gran parte de mi trabajo consiste en hablar en público y en escribir, se trata de un trabajo científico, y el hábito profesional termina por ahogar cualquier brote de lírica, y por supuesto de retórica. Y espero que lo que voy a decirles no se parezca demasiado a una clase universitaria.

Pero es que, aunque supiera hacer ese canto a las virtudes y excelencias de nuestro pueblo, no querría hacerlo; de una parte, porque muchas de ellas no son realmente tales, sino tópicos que se dicen casi por obligación en determinadas ocasiones; de otra, porque Pozoblanco no lo necesita. En efecto, se han dicho y escrito montones de cosas bonitas sobre nuestro pueblo; unas son realmente ciertas; otras son más producto del deseo, del cariño o de las buenas intenciones que de la realidad; otras, las más, son ciertas a medias, por cuanto a una cara de luz acompaña inseparablemente otra de sombra. Por ejemplo, la belleza de nuestra tierra, de nuestro paisaje es, en mi opinión, indudable, aunque difícil; una belleza que únicamente suelen captar personas de una alta sensibilidad estética, o personas vinculadas afectivamente a ella, pero que en todo caso tiene la contrapartida de la pobreza de su suelo agrícola. La fertilidad de nuestro feraz valle quizás fuera una realidad en tiempos remotos, pero hoy es justamente lo contrario, como cantan los números al comparar su producción con la de otras muchas comarcas, nuestros vecinos del sur del Guadalquivir, por ejemplo. La laboriosidad de nuestras gentes también me parece un hecho incuestionable, pero contrapesada por una serie de deficiencias técnicas o económicas que, por desgracia, muchas veces hacen ese esfuerzo bastante menos rentable de lo que podría ser: ahí está el IRYDA promoviendo la necesaria reestructuración de muchas explotaciones para demostrarlo, y ahí están los éxitos conseguidos en algunas actividades nuevas para denunciar, por contraste, los fracasos anteriores y señalar caminos futuros de actuación. O, en otro orden de cosas, la belleza de nuestras mujeres; aunque a todos nos gusta que nos regalen el oído, hay que reconocer que en Pozoblanco las hay hermosas, y no tan hermosas, que en conjunto las mujeres pozoalbenses no son ni más ni menos guapas que las de cualquier otro sitio.

Soy enemigo de echar incienso por obligación. Soy enemigo de reducir a mero protocolo los actos culturales, porque entiendo que la cultura no es un adorno de la persona o de la sociedad, como muchos piensan todavía a estas alturas, sino un componente fundamental del individuo y de las colectividades; y si el individuo y la colectividad están vivos y tienen problemas, su cultura, para merecer tal nombre, ha de ser viva y problemática. Porque entiendo, como entendemos muchos, mi profesión como un servicio a la sociedad en que vivo, tengo verdadera alergia a convertirme en vendedor de productos llamados culturales, y me consideraría un hombre totalmente fracasado si se pudiera decir eso de mí algún día. Creo interpretar correctamente la intención de quienes me han invitado a participar en esto al dar a mis palabras este punto de partida. Quiero ver a mi pueblo tal cual es, hablar de él, no en clave de nostalgia, ni de alabanza sistemática (aunque las fiestas que ahora empiezan parece que invitan a hacerlo así), ni de derrotismo, sino de simple y llana realidad. Porque quiero a Pozoblanco, me gusta como me gusta mi mujer: sin maquillaje. Y así voy a intentar hablar de él. Eso sí, con un cariño enorme.

Con ese cariño voy a reflexionar en voz alta sobre mi pueblo; y lo voy a hacer desde una perspectiva personal, pero que estoy seguro compartimos muchos tarugos. Puestos a buscar una frase que sintetice el contenido de estas reflexiones, tal frase podría ser Pozoblanco desde la otra emigración.

¿Qué es eso de *la otra emigración*? Pues un tipo de emigración del que se habla poco y al que casi nunca se le da ese nombre; una emigración compuesta por personas pertenecientes normalmente a la clase media, profesionalmente cualificadas, con título universitario o similar, que salen del pueblo porque en él no hay, ordinariamente, posibilidad de ejercer esa profesión para la que se han formado y que suele constituir su vocación. Es la emigración del ingeniero, del químico, del médico, del militar, del funcionario, del profesor de Universidad, en cuyo caso me encuentro. Y la llamo *la otra* porque cuando se habla de emigración, de los emigrantes, todo el mundo se refiere a personas pertenecientes a una clase social más baja, trabajadores manuales, asalariados o pequeños patronos, campesinos o artesanos, que se marchan a otras partes de España o al extranjero porque aquí apenas tienen trabajo, el negocio no se mantiene, se gana poco cuando se gana algo, y hay que buscarse la vida por otra parte.

Creo que merece la pena tomar conciencia de la existencia y del significado de eso que, para entendernos, llamaré *la otra emigración*. Y para ello conviene empezar preguntándose por qué no se suele considerar a las personas que la componen como emigrantes. Tal vez la razón principal es que se piensa que estos se van porque no tienen más remedio, y aquellos porque les apetece;

que el campesino o el albañil se van por necesidad, y el hijo de propietario o de abogado, por gusto; se piensa que quienes esperan el tren o el autobús con su maleta vieja y su merienda casera, camino de Barcelona, Ginebra o Frankfurt se van para buscarse un nivel de vida digno, y los que en coche propio van a su piso de Madrid o cualquier otra capital de alto nivel de vida, se marchan porque el pueblo se les queda chico y pretenden darse una vida mejor de la que ya tienen. Hay algo de verdad en todo esto, aunque creo que la cosa no es tan simple.

No es cuestión de insistir en las comparaciones, ni de profundizar en las semejanzas y diferencias de los emigrantes de uno y otro tipo. Pero sí quiero hacerles ver su carácter y sus implicaciones de esta otra emigración. Aunque no lo parezca, se trata de una emigración forzosa. Más aún, se puede decir que la inmensa mayoría de los que escogen una carrera universitaria o una profesión altamente especializada están predestinados a vivir fuera del pueblo, a salir de él, a emigrar. No hay, ni se puede pedir que haya fábricas para que trabajen todos los hijos del pueblo que son ingenieros o químicos, ni delegaciones ministeriales para los funcionarios, ni regimientos para los militares, ni universidad para los profesores.

Veamos lo que significa este hecho. Para entenderlo y situarlo en su contexto hay que referirse a toda la emigración en su conjunto, a los dos tipos que hemos distinguido, y hay que situarlo en un fenómeno más general y más amplio, que ocurre en toda España y en la mayoría de los países del mundo: me refiero al proceso de urbanización, de concentración de la población en grandes ciudades, a costa, claro, de la despoblación de los pueblos, del campo, de las zonas rurales. En nuestro país, concretamente, hay una enorme zona, la comprendida entre los alrededores de Madrid y el límite interior de las provincias costeras, que se está despoblando y empobreciendo cada vez más, una zona en la que se está produciendo el fenómeno que sociólogos y geógrafos denominan desertización. En las provincias de Madrid, Barcelona y el País Vasco, por ejemplo, la densidad de población es casi diez veces superior a la media española, y tiende a ser cada vez mayor, y en muchas otras, Córdoba entre ellas, no llega ni siquiera a esa densidad media. El fenómeno está tomando caracteres alarmantes a escala nacional, y entre otros muchos, lo denunció hace poco, muy claramente, el Ministro de Planificación del Desarrollo.

El hecho se comprende en función del proceso de industrialización que se ha operado en España con especial intensidad en los últimos quince años. La industria y los servicios exigen una cantidad cada vez mayor de mano de obra, que generalmente ha de sustraerse a la agricultura. Precisamente uno de los síntomas en que se reconoce a un país industrializado es la estructura de la

población activa: a mayor desarrollo económico, mayor porcentaje de población que trabaja en la industria y los servicios, y menor de trabajadores del campo. Y si España ha de recorrer el camino que aún le falta para situarse entre los países altamente industrializados, aún tendrá que salir más gente del campo, de los pueblos cuya economía se basa en la agricultura. Y éste es un hecho que se produce, repito, en todos los países a medida que se industrializan, sea cual sea su sistema socioeconómico o su régimen político. Que la gente se vaya del campo, por estas razones y otras muchas que aquí se conocen muy bien, es un hecho necesario; por ello no hay que escandalizarse. Pero aclaro: no hay que escandalizarse por el hecho en sí, sino por la forma como se hace: desarrollando unas zonas a costa de empobrecer a otras; multiplicando el número de kilómetros de carretera, de camas hospitalarias o de puestos de enseñanza por habitante en unas provincias o comarcas, y manteniendo los de otras a niveles de hace quince o treinta años,

En este proceso, a nuestro pueblo le ha tocado el papel de víctima, con no ser de los peor parados, y reconociendo con satisfacción que, dentro de esta crisis, se está defendiendo bastante bien. Hace doscientos años tenía cerca de los siete mil habitantes, hoy tiene aproximadamente el doble; pero en esa misma época la población española se ha multiplicado, no por dos, como la de Pozoblanco, sino por tres y medio. Cuando España era un país casi exclusivamente agrícola, nuestro pueblo era, por comparación, mucho más importante que hoy. Pero no es preciso remontarse tan lejos: si todas las personas que han salido desde 1940 se hubieran quedado y hubieran tenido aquí sus hijos, calculo que Pozoblanco tendría hoy unos veinticinco mil habitantes, si no más.

Insisto en que, en mi opinión, no hay que escandalizarse por este hecho. Pretender que la densidad de población esté repartida uniformemente por todo el país es un absurdo; pretender que todos los habitantes de una comunidad tengan posibilidades de encontrar en el lugar que han nacido el tipo de trabajo que les gusta o les interesa, es querer nadar contra la corriente de la movilidad social y geográfica que se impone en los países desarrollados. Aún consiguiendo hacer producir al máximo todos los recursos naturales de nuestro pueblo, y hay que aspirar a ello, es casi seguro que continuará la emigración, mucho más si se mantienen los altos índices de natalidad que caracterizan a los matrimonios de Pozoblanco.

Pero si en muchos casos sería ingenuo querer acabar con la emigración, no debe serlo aspirar a que los desequilibrios regionales o comarcales desaparezcan, a que se iguale el nivel de vida de las diferentes zonas del país (y no hablo de las diferentes clases sociales porque ese es otro tema). Ahora bien, lo que me parece inadmisibles, y hasta monstruosos, es que, según previsiones ofi-

ciales, los 474 habitantes por kilómetro cuadrado de Madrid se conviertan en 856 dentro de quince años, o que los puestos de trabajo en Álava aumenten un 88%, y los de nuestra tierra permanezcan estancados, si es que a lo peor no disminuyen. Encuentro sencillamente injusto que una persona que viva en una capital de provincia y necesite hospitalizarse en un centro de la Seguridad Social pueda hacerlo fácilmente sin más gasto personal que los diez o quince duros del taxi que los lleve de su casa al hospital, mientras que en muchos lugares como el nuestro se den casos como el que hace poco se denunciaba en la prensa provincial y local, de que una persona en circunstancias semejantes se tenga que gastar en taxi mil o mil quinientas pesetas, y esperar unos cuantos días, fuera de su casa, con los perjuicios consiguientes, a poder ser atendido. Como si los que viven en los pueblos fueran ciudadanos de segunda categoría, y les costara más esfuerzo o más dinero ejercitar unos derechos que sobre el papel son exactamente iguales en ambos casos. Situaciones como éstas se dan todos los días y en todas partes. Por ser tema de actualidad podría uno preguntarse qué delito han cometido los tarugos para tener que lavarse con cuentagotas, mientras en tantos otros sitios pueden ducharse a gusto, no una vez al día, sino setenta veces siete. El problema no es simple, ni pretendo hacer demagogia. Sólo pretendo contribuir a que tomemos conciencia de la desigualdad real entre los hombres y las tierras de España, en la que a los pueblos, a las zonas rurales, les está tocando bailar con la más fea, si es que han podido entrar en la caseta de baile.

La desigualdad se hace más irritante teniendo en cuenta un hecho muy importante para mí, y que justifica esta aparente digresión que acabo de hacer. Los que se marchan del pueblo, los emigrantes, sea cual sea el tipo o condición social a que pertenezcan, lo hacen buscando una forma de promoción personal o familiar, pretenden «ir a valer más», como se decía en el siglo XVI de los colonizadores de la América recién descubierta. Los franceses o alemanes, los catalanes o madrileños presumen de que gracias a ellos los hombres del Sur no nos morimos de hambre. A lo mejor tienen razón, pero ésta es sólo una cara de la moneda. El desarrollo económico de que se ufanan ha necesitado, para su puesta en marcha y necesita para su mantenimiento un mercado de trabajo, una mano de obra sin la cual no podrían existir ni mantenerse. Los viticultores franceses mirarán por encima del hombro a los pobres españoles que van a la vendimia a sacar unos cuartejos, pero si no fuera en gran parte por esos españoles la uva que ahora se está recogiendo se quedaría en las cepas, y de qué servirían las viñas. Hay señoras bien de Madrid que podrán menospreciar nuestra tierra por creerla tierra de criadas, pero gracias a que esas mujeres del Sur les friegan, lavan, planchan y atienden a los niños, ellas pueden salir tranquila-

mente de compras, atender a la clientela distinguida de su boutique o sentarse a la mesa petitoria de una organización de beneficencia. Algunas ciudades importantes pueden estar muy bien urbanizadas y tener una buena infraestructura de servicios, pero nada de ello sería posible, en gran parte, sin esos obreros que en las zanjas o en los andamios trabajan duro y hablan con acento andaluz. Y lo mismo se puede decir de los técnicos que trabajan en las industrias, los especialistas en los diversos servicios, los funcionarios de la Administración estatal. La industrialización del país, el progreso económico de que todos nos ufamamos no hubiera sido posible sin esos trabajadores y esos técnicos que en una parte muy importante han salido de zonas hoy deprimidas, como la nuestra. ¿Se han parado ustedes a pensar en la cantidad de ingenieros y químicos, de médicos y profesores, de funcionarios de esta u otra rama de la Administración cuyas carreras las han costado nuestros olivares y nuestra Jara, nuestros borregos y nuestros cerdos, nuestros profesionales y comerciantes, y los han costado para que sirvan a otros? Las zonas ricas reciben mucho de la sociedad y del Estado porque aportan mucho a una y otro. Las zonas pobres, se dice, reciben poco porque aportan poco. Suponiendo que fuera cierto, esto entraría en la lógica del sistema, pero la lógica no siempre se compagina con la justicia. Y además habría que medir hasta qué punto es cierto; habría que contar, con precisión, sin dejarse nada, lo que se aporta y lo que se recibe. No sé qué cuenta quedaría en saldo rojo, si la de los pueblos o la de las grandes ciudades. En todo caso, pienso que las autoridades locales competentes deben tener esto en cuenta, por si alguna vez llega el momento de pasar la factura.

Pero todavía, dentro de este tema de Pozoblanco desde la otra emigración, queda otro aspecto que no puedo dejar de señalar, y que he dejado para el final por exigencias de mi razonamiento. Tal vez a alguien le deje mal sabor de boca, pero no sería consecuente si lo silenciara.

Hay quienes se lamentan de que muchas personas de las que forman *la otra* emigración se despegan de la comunidad que constituimos los pozoalbenses, se desinteresan de los problemas del pueblo, cortan el cordón umbilical que les une a los hombres y a las tierras que les dieron la vida y los formaron para ella. Es una realidad cierta y dolorosa. Los motivos personales pueden ser muy varios, y siempre hay que respetarlos, aunque a veces no aparezcan como muy nobles: intereses económicos, problemas familiares, esnobismo frívolo o simple falta de conciencia de ser pueblo.

Sería ingenuo, desgraciadamente, querer acabar con la emigración. Pero no es ingenuo resistirse a que los pozoalbenses se pierdan para Pozoblanco. Dentro de unos días se celebra un homenaje al pozoalbense ausente, ese acto que tanto honra a quienes lo idearon y a quienes lo continúan. Yo, y muchos, lo

vemos como un gesto de interés y buena voluntad hacia quienes, por unas razones o por otras, nos hemos visto obligados a vivir fuera; un esfuerzo muy hermoso para que, de alguna forma, no nos despeguemos de la comunidad en que hemos nacido, para que continuemos vinculados al pueblo, a su vida y a sus problemas. A los que se quedan les toca continuar trabajando para que nadie, ni por razones económicas, ni sociales ni ideológicas, corte el cordón umbilical que le une a su patria chica. A los que estamos fuera nos toca estimularnos para no perder, sino al contrario, fomentar lo que yo llamo *conciencia de ser de pueblo*, conciencia de estar formando el *Pozoblanco peregrino*. En nombre de todos ellos, muchas gracias.

«El libro de la Monarquía (de Alfonso XII a Juan Carlos I)», Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 1983.

«Crónica contemporánea», Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 1985.

«Castilla en la ideología franquista», en *Historia de Castilla y León*, X, Reno, Madrid, 1986.

«Sobre la desmovilización política», Psa, 1977.

«El intento de unificación provincial. La dictadura», Madrid, 1980.

«La identidad histórica de Andalucía», Sevilla, 1978.

«La astronomía andaluza desde una perspectiva de historiadora», Jena, 1980.

«Prólogo al libro *Población y fuerza de trabajo en Cádiz*, de Alvaro Soto Carrero, Cádiz, 1983. Indito.

«Prólogo al libro *Análisis socioeconómico de una nueva ciudad andaluza: Linares (1875-1900)*, de Juan Franco Quintán y Antonio Moreno Nofuentes, Jena, 1978.

«Prólogo al libro *Más allá de la utopía. Perfil histórico de la ocupación guerrillera de Levante*, de Fernanda Roman Alfoa, Ediciones Alfoa el Magasinum, Valencia, 1987.

«Prólogo al libro *La Santa de la Jara: un culto barroco en la España franquista (1937-1962)*, de Giuliana di Febo, Jaria, Barcelona, 1987.

«Dominguez Cruz de fine la identidad de Andalucía», en *Definiciones de Andalucía*, Sevilla, 1977.